

ejecutar mañosamente y como de oculto temiendo los efectos de la indignacion de los catalanes, no llevó consigo todas las tropas como se prevenia en el tratado. Quedaban aun alemanes en Barcelona, Monjuich, Cardona y otros puntos, sin los que desertaban de sus filas, acaso con su consentimiento. Poco faltó para que el intrépido Nebot con un cuerpo de voluntarios se apoderára de Tarragona en el momento de evacuarla las tropas imperiales, y antes que la ocupáran las del rey Católico, y hubiéralo logrado á no haberse dado tanta prisa los ciudadanos á cerrarle las puertas, lo cual fué agradecido por el rey como un rasgo brillante de fidelidad. El duque de Pópoli ^{al} adelantó con las tropas hasta los campos de Barcelona ^{dejando} bloqueada la ciudad por tierra, ^{es} al mismo tiempo que lo hacian por mar seis galeras y tres navíos españoles. Publicóse á nombre del rey un perdon general y olvidado de todo lo pasado para todos los que volvieran á su obediencia y se presentáran al duque de Pópoli para prestarle homenaje. Hiciéronlo los de la ciudad y llano de Vich, y de la misma capital lo habrian efectuado muchos á no impedírsele los rebeldes. Costóle caro á Manresa el haberse refugiado á ella gran número de éstos, pues mandó el general arrasar sus muros, quemar las casas de los que seguian á Nebot, y confiscarles los bienes.

El 29 de julio (1713) despachó el duque un mensajero á la Diputacion de Barcelona con carta en que

decia: que si la ciudad no le abria las puertas, sometiendo á la obediencia de su rey y acogiendo al perdon que generosamente le ofrecia, se veria obligado á tratarla con todo el rigor de la guerra, é indefectiblemente sería saqueada y arruinada. La respuesta de la Diputacion fué: que la ciudad estaba determinada á todo; que no la intimidaban amenazas; que el duque de Pópoli podia tomar la resolucion que quisiera, y que si atacaba la plaza, ella sabia defenderse. Ni bajó de punto la firmeza de los barceloneses por que vieran embarcarse en las naves del almirante Jennings los seis batallones alemanes que aun habian quedado en Hostalrich (19 de agosto). Quedábanse rezagados muchos austriacos, supónese que no sin anuencia de sus generales, que no disimulaban su aficion á los catalanes. El intrépido y terrible Nebot corria la tierra con sus miqueletes, y aunque contra él se destacó con un campo volante al no menos denodado y activo guerrillero don Feliciano de Bracamonte, que le destruyó en algunos encuentros, Nebot se rehacía en las montañas de Puigcerdá, tomando caballos á los eclesiásticos, caballeros y labradores, y recogiendo desertores y foragidos, con que volvía á reunir un cuerpo tan irregular como temible. Tan osados los voluntarios de fuera como los que estaban dentro de Barcelona, hervian las guerrillas en todo el Principado, y en villas, lugares y caminos no habia sino estragos y desórdenes. Obligó esto al duque de Pópoli

á emplear un estremado rigor, mandando incendiar las poblaciones en que los voluntarios se abrigaban, y condenando á muerte al paisano á quien se encontrara un arma cortante, aunque fuese un cuchillo. Todo era desolacion y ruina, y habian vuelto en aquel desgraciado pais los tiempos calamitosos de Felipe IV (1).

Los de Barcelona, á pesar del bloqueo terrestre y marítimo, recibian de Mallorca y de Cerdeña socorros considerables de hombres y de vituallas (octubre y noviembre, 1713), y haciendo salidas impetuosas atacaban nuestros cuarteles y lograban introducir en la ciudad vacadas enteras y rebaños de carneros que les llevaban los de las montañas. Nuestras tropas combatían en Solsona y Cardona con grupos de voluntarios, pero estos parecia que resucitaban multiplicados, y á veces tomaban represalias sangrientas. El rey don Felipe, conociendo la necesidad de vencer de una vez aquella tenaz rebelion, mandó que todas las tropas de Flandes y de Sicilia vinieran á Cataluña, y que se pusiera sitio formal á Barcelona. Mas como estuviese ya la estacion adelantada, se determinó dejar el sitio pa-

(1) «En el teatro del mundo, dice un escritor de aquel tiempo, creo que no se habrá visto tan fatal calamidad como la que en el circunscrito campo de Cataluña se experimentaba en este tiempo, porque con el fuego y el hierro por todas partes se descubrian manantiales de sangre. De modo

fué, que si le sucedido se hubiera de escribir por menudo, apenas habria tiempo para decirlo todo, porque en la tierra eran multiplicados los estragos, y en los mares terribles los naufragios, y en las arenas evidentes los peligros.» Fr. Nicolás de Jesus Belando, Historia Civil, P. I. cap. 408.

ra la primavera, formando entretanto un cordon de tropas que estrechára la plaza, sin otro abrigo que las tiendas. Y como el duque de Pópoli diera orden á los soldados de no hacer fuego, mofábanse los de la ciudad diciendo que no tenian pólvora, y desde los muros los insultaban y escarnecian.

En este intermedio se habia hecho y firmado el tratado particular de paz entre el rey don Felipe de España y la reina Ana Stuard de Inglaterra (13 de julio, 1713), fundado sobre las bases de los demas tratados de Utrecht (1). Pero habia en éste un artículo que afectaba directamente á Cataluña y á los catalanes. La sustancia de este artículo era: «Por cuanto la reina de Gran Bretaña insta para que á los naturales del Principado de Cataluña se les conceda el perdón, y la posesion y goce de sus privilegios y haciendas, no solo lo concede Su Magestad Católica, sino tambien que puedan gozar en adelante aquellos privilegios que gozan los habitadores de las dos Castillas.» Parecia, pues, por los términos de este artículo, que se concedia á los catalanes como una merced y un favor el gobierno y la constitucion de Casti-

(1) A saber: las renunciaciones mútuas de los príncipes de Francia y España: reconocimiento de la reina Ana y sucesion de la casa de Hannover: libre comercio y navegacion: concesion del asiento de negros á Inglaterra: cesion de Gibraltar y Menorca á los ingleses: del reino de Sicilia al duque de Saboya, etc. Constaba el tratado

de veinte y cinco artículos, y se hizo uno separado sobre cesion de la ciudad y castillo de Limburg á la princesa de los Ursinos, con arreglo á la convencion de 27 de marzo entre el baron de Kennington y el marqués de Bedmar, representantes de Inglaterra y España, pero que no tuvo ejecucion, como adelante veremos.

lla, cuando lo que en realidad envolvía la cláusula era la abolición de sus fueros y privilegios, que era la idea de Felipe V., y contra lo que ellos enérgicamente protestaban. Y ciertamente no era esto lo que habían ofrecido los plenipotenciarios de Inglaterra en Utrecht y el embajador Lexington en Madrid, sino intervenir y mediar porque les fueran mantenidos sus fueros y libertades. Y aun en el mismo tratado llamado de la Evacuación había un artículo, el 9.º, que decía: «Respecto de que los plenipotenciarios de la potencia que hace la evacuación insisten en obtener los privilegios de los catalanes y habitantes de las islas de Mallorca é Ibiza, que por parte de la Francia ha dejado para la conclusión de la paz, ofrece S. Magestad Británica interponer sus oficios para lo que conduzca á este fin.» Esta irregular conducta de la reina de Inglaterra, en cuyo auxilio y apoyo tanto habían confiado, tenía indignados á los catalanes, que no menos apegados á sus fueros que los aragoneses, peleaban hasta morir por conservarlos, con aquella decisión y aquella tenacidad que habían acreditado en todos tiempos; así como la resolución de Felipe era someter todos sus estados á unas mismas leyes, y hacer en Cataluña lo mismo que había hecho en Aragón.

Ardía la guerra en el Principado con todos los excesos, toda la crueldad, todos los estragos y todos los horrores de una lucha desesperada. Las tropas reales

oprimían los pueblos con exacciones insoportables para mantenerse; los paisanos armados tomaban cuanto hallaban á mano en campos y en poblaciones. Unos y otros talaban é incendiaban; en los reencuentros se combatían con furia, y los prisioneros que mutuamente se hacían eran feroz é inhumanamente ahorcados ó degollados. Todo era desdicha y desolación. En la Plana y en las montañas de Vich, en las partes de Manresa y Cervera, en Puigcerdá y en Solsona, orillas del mar y en las riberas del Segre, gruesas partidas de voluntarios daban harto que hacer á los generales del rey, y pusieron en grande aprieto á los dos más diestros catalanes en este género de guerra, Vallejo y Bracamonte. El duque de Pópoli iba estrechando la plaza de Barcelona, pero tenían los rebeldes porción de pequeñas y ligeras naves con que introducían socorros y víveres de Italia y de Mallorca, y fué menester armar una escuadra de cincuenta velas que cruzara el Mediterráneo, compuesta de navíos españoles, franceses é ingleses, y con los cuales se formó un cordon delante de Barcelona. El 4 de marzo (1714) enviaron los de la ciudad á decir al duque que querían tres millones de libras por los gastos del sitio, y dejarían las armas, con tal que se les conserváran sus privilegios. La proposición fué rechazada, y cuatro días después se dió principio al bombardeo de la ciudad, hasta que llegó un correo de Madrid con la orden de suspender el fuego, á causa de la negociacion

que se estaba tratando en Rastadt para las paces entre el emperador y el rey de Francia.

En peor situacion que ántes puso á Cataluña aquel tratado. Hizose creer á los catalanes que por él quedaba el emperador con título de rey y con la calidad de conde de Barcelona. Celebróse la nueva en la ciudad con salvas de artillería (23 de abril, 1714), y á nombre de la Diputacion salió Sebastian Dalmau, un mercader que habia levantado á su costa el regimiento llamado *de la Fé*, á decir á los generales franceses que en virtud del Tratado debian cesar desde luego las hostilidades entre las tropas catalanas y francesas. Trabajo costó persuadir á los catalanes que en aquella convencion no se habia hecho mención alguna de ellos, y así lo mas que les ofrecían á nombre del rey Católico, si dejaban las armas, era un perdón general, dándoles de plazo para rendirse hasta el 8 de mayo. Y como ellos rechazáran el perdón diciendo que no le necesitaban, el 9 de mayo comenzó otra vez el bombardeo, y se construyeron baterías, y se atacó el convento de Capuchinos, y se abrieron en él trincheras, y se tomó por asalto, y fueron pasados á cuchillo todos sus defensores, y en las comarcas vecinas se hacía una guerra de estrago y de estermínio.

No se apretó por entonces mas la plaza, porque así lo ordenó el rey don Felipe: el motivo de esta disposicion era que Luis XIV., el mismo que en union

con la reina de Inglaterra habia ofrecido interceder por los catalanes, só pretexto de que estos se habian excedido determinó enviar al monarca español su nieto veinte mil hombres mandados por el duque de Berwick para ayudarle á someter á Barcelona, y Felipe quiso que se suspendiera el ataque de la ciudad hasta la llegada de estas fuerzas. En efecto, el 7 de julio llegó el de Berwick con su ejército al campo de Barcelona: el de Pópoli entregó el mando al mariscal francés, segun orden que tenia, y se vino á Madrid con el ministro de hacienda Orri, que allí se hallaba, á dar cuenta de todo al rey y á proveer lo que fuese necesario. La primera operacion del de Berwick fué deshacer una flotilla que venia de Mallorca con socorros para los barceloneses. Procedió despues á atacar la ciudad (12 de julio) por la parte de Levante con gran sorpresa de los sitiados; y con esto, y con haber visto ahorcar en el campo á los que de resultas de una vigorosa salida quedaron prisioneros, la Diputacion envió un emisario con cartas al comandante de los navíos, el cual las devolvió sin querer abrirlas. Lo mismo ejecutó el de Berwick con otra que le pasó Villaroel, dando por toda respuesta, que con rebeldes que rehusaban acogerse á la clemencia de su rey, no se debia tener comunicacion. Y perdida toda esperanza de sumision y de acomodamiento, comenzaron el 24 á batir la muralla con horrible estruendo treinta cañones, y abriéronse brechas, y diéronse san-

grientos asaltos, y hacíanse salidas que costaban combates mortíferos, y se continuaron por todo aquel mes y el siguiente todas las operaciones y todos los terribles accidentes de un sitio tan rudo y obstinado como era pertinaz y temeraria la defensa.

El 4 de setiembre hizo intimar el de Berwick la rendición á los sitiados, diciéndoles que de no hacerlo sufrirían los últimos rigores de la guerra, y sería ruinada la ciudad, y pasados á cuchillo hombres, mujeres y niños. Dos días dilataron los barceloneses la respuesta, al cabo de los cuales dijeron que los tres brazos habían determinado no admitir ni escuchar composición alguna, y que estaban todos dispuestos á morir con las armas en la mano antes que rendirse: y dirigiéndose el enviado de la ciudad al caballero Dasfeldt que estaba en la brecha, le dijo: *Retírese Vuecellencia*. En vista de tan áspera y resuelta contestación, decidió el mariscal de Berwick acabar de una vez dando el asalto general (11 de setiembre, 1714). Hé aquí cómo describe un autor contemporáneo aquel terrible acontecimiento:

«Cincuenta compañías de granaderos empezaron la tremenda obra; por tres partes seguían cuarenta batallones, y seiscientos dragones desmontados; los franceses asaltaron el bastión de Levante que estaba en frente, los españoles por los lados de Santa Clara y Puerta Nueva: la defensa fué obstinada y feroz. Tenían armadas las brechas de artillería, cargadas de

bala menuda que hizo gran estrago.... Todos á un tiempo montaron la brecha, españoles y franceses; el valor con que lo ejecutaron no cabe en la ponderación. Mas padecieron los franceses, porque atacaron lo más difícil: plantaron el estandarte del rey Felipe sus tropas en el baluarte de Santa Clara y Puerta Nueva; ya estaban los franceses dentro de la ciudad; pero entonces empezaba la guerra, porque habían hecho tantas retiradas los sitiados, que cada palmo de tierra costaba muchas vidas. La mayor dificultad era desencañar las vigas y llenar los fosos, porque no tenían para esto los materiales, y de las troneras de las casas impedía el trabajo. Todo se vencía á fuerza de sacrificada gente que con el ardor de la pelea ya no daba cuartel, y le pedían los catalanes, sufriendo intrépidamente la muerte. Fueron éstos rechazados hasta la plaza mayor; creían los sitiadores haber vencido, y empezaron á saquear desordenados. Aprovecháronse de esta ocasión los rebeldes, y los acometieron con tal fuerza, que los hicieron retirar hasta la brecha. Los hubieran echado de ella si los oficiales no hubieran resistido. Empezóse otra vez el combate más sangriento, porque estaban unos y otros rabiosos.... Cargados los catalanes de esforzada muchedumbre de tropas, iban perdiendo terreno: los españoles cogieron la artillería que tenían plantada en las esquinas de las calles, y la dirigieron contra ellos. Esto los desalentó mucho, y ver que el duque de Berwick, que á